

En los pueblos todo se sabe

En los pueblos todo se sabe. Casi incluso antes de que suceda, todo se sabe. –Esa niña va a terminar mal –decían las malas lenguas donde quiera: en el bar, en la pequeña plazoleta que sirve de plaza de España al frente del ayuntamiento, en los campos, en las cocinas. –Esa niña va a terminar mal –decían, porque esa niña parecía que no era del pueblo. Entraba, salía; se comportaba como un ser extraño y libre que el aire empinaba a su antojo.

Y así fue. La niña, de unos veinte años, desapareció en la noche y, tres días más tarde, después de búsquedas interminables por cada pedazo de camino, matorral o rivera, apareció su cuerpo frío junto al río: desnuda, sucia, violada, amaratada, destrozada. Todos parecían intuir la tragedia; pero nadie se atrevió, en cambio, a apuntar con el dedo a alguien. Era como si no hubiese ser en los alrededores tan monstruoso y depravado capaz de cometer tal crimen. La niña no tenía novio. Al menos nadie lo conocía. Todos la veían con unos y con otros; pero nadie podría decir que detrás de estas

relaciones hubiera nada parecido a un compromiso. No había ninguna denuncia de nada, ni de nadie. Sus padres, ya mayores, apenas podían hablar entre el cansancio y la pena, desaparecieron sin desaparecer. Es curioso que, sin nada de nada, todo el mundo intuía ese posible algo.

Eva tropezó con Jon en la puerta de su casa dos días después del multitudinario entierro. Aún recuerda aquella mano inerte, la piel pálida, las ojeras y la bicicleta de ruedas anchas, como las que aparecieron muy cerca del cuerpo.

Eva

Los segundos caen como las gotas de agua de un grifo defectuoso: irritantes, lentas, desorientadas. El tiempo es una especie de flujo que succiona la fertilidad a todo lo que riega; sin embargo este lugar, apenas una latitud y longitud perdida en cualquier mapa turístico, derrocha verde y bruma. Todo está inundado de silencio. Todo. Incluso tú, Eva. Pero a tu alrededor la vida sigue igual. Al bosque parece sentarle bien esa permanente quietud a la que no terminas de acostumbrarte. Es como si el reloj de tu vida y el del mundo estuvieran desfasados.

Para ti la vida se detuvo en algún momento difícil de ubicar con precisión; los instantes son así de escurridizos aunque imposibles de olvidar. La película de tu vida se congeló en una foto sin nada que retratar cuando Luis, tu marido, escupió el último trozo de pulmón que le quedaba y te quedaste sola en el final de una vida y el comienzo de otra. Ha llovido mucho desde aquello; pero cada día parece que fue como ese último, vacío, y al final todos los días son iguales. Uno detrás de otro, uno encima de otro.

Llegaste aquí por azar desde hace ya varios años, aunque a veces tengas la impresión de vivir aquí toda la vida. Cuando Dios tira los dados pasan esas cosas. Unos se van, otros vienen, nadie regresa. El regreso es otra forma de ir o venir. Esta fue la tierra de los tuyos y ahora es tuya. Eres una más.

Tienes solo un vecino: Jon. Ha alquilado parte de tu propiedad, pero tan solo le has visto la cara una vez. Hoy día no hace falta verse las caras. Para eso está Internet. Y sí, no todo el mundo tiene una propiedad; mucho menos cuando has estado de alquiler en casas de muñecas en La Habana y en Miami. Pero tú sí la tienes. Eres afortunada si de tener casas se trata. Tienes dos muy grandes, muy cerca una de la otra. De hecho son tan grandes que puedes recibir a otros tres inquilinos pero, por ahora, solo tienes uno y tampoco necesitas más. Lo cierto es que ni siquiera lo necesitas, pero ahí está, por inacción, por inercia, por irrelevante. Son propiedades grandes y aisladas. El próximo caserío está a más de diez kilómetros. Qué más da. A los vegetarianos con un buen huerto les basta. Aquí todo te pertenece aunque no acabes de entender del todo, para qué. Todo es tuyo Eva. Eres la reina de estas tierras. Si quisieras podrías inventar una bandera, un himno y un escudo y fundar un pequeño territorio más grande que El Vaticano, pero no te hace falta. Tu país eres tú. Tu continente eres tú. Tu mundo eres tú. Un universo tan grande como silencioso e inescrutable.

Ahí estás de pie, en la ventana, al borde del acantilado y frente a ti el mar. El océano parece no tener fin más allá de donde el sol hunde sus destellos todos los días. Impone lo insignificante que eres. Solo tú eres capaz de ver esos delfines que saltan como si no supieran hacer otra cosa que jugar con las olas.

Jon

Ahí esta tu casera; otra vez al borde del acantilado. Una ráfaga de viento, un mínimo desliz y se precipitará al vacío. Pero ella vuelve allí una y otra vez mientras tú la miras desde una ventana con las persianas casi cerradas para esconderte. Eva se sienta en ese delicado punto de equilibrio y mira fijo algo en el mar que nadie más parece ver. Allí el reloj se adelanta mientras tú, Jon, capturas el tiempo imagen tras imagen. No hay demasiadas cosas que hacer.

Desde tu habitación oscura retratas una y otra vez. Clic, clic, clic. Tienes todo el tiempo del mundo y una buena cámara réflex. Eres una de las pocas personas con la que Eva tiene "contacto". Ese es el único "contacto", Jon, que tienes con Eva. No sabes nada, nada en absoluto, acerca de ella. Solo que le gusta asomarse al acantilado.

Al "pueblo" vas en bicicleta solo a comprar lo justo para alimentarte cuando la mayoría está de siesta, faenando en el mar o trabajando la tierra. Tú no eres vegetariano, aunque te da lo mismo. Llevas tiempo sin saber qué eres, sin comer siquiera lo imprescindible. Te mueves como una sombra por la carretera, apenas hablas con nadie, coges lo que necesitas, pagas y vuelves a aquella preciosa y confortable casa alquilada donde tu mayor pasatiempo es fotografiar a tu modelo, la

casera, que posa sin saber que posa mientras mira cosas que ignoras. En rigor se podría decir que la conoces; la ves todos los días, pero ella no podría afirmar lo mismo. Eva no tiene ni la más remota idea de quién eres, Jon. Para Eva no tienes cara, ni cuerpo. Hiciste los trámites del alquiler a través de una rústica página *web*. La persona de contacto era otra. Tú pagas como el reloj que llama a misa. Eso es todo. Para Eva eres una sombra escondida en su contabilidad.

Es difícil. Como animal de una especie similar, Eva se oculta y solo sale al aire para sentarse allí, justo en el límite del peligro, del ser o no ser, a contemplar lo que sea que contempla: algo que solo ella puede saber; algo que parece más fondo que figura. Eva cree que está sola, pero nadie está solo del todo. Ni siquiera el silencio es silencio del todo. Tú Jon, recoges esos momentos y observas una soledad profunda, conmovedora, vencida, desde la tuya escondida, entumecida, enmohecida. Apenas cambia nada entre una imagen y otra, por mucho tiempo que pase entre ellas. Es como una bandera que flota en el tiempo.

Hoy te has quedado sin té y no puedes vivir sin él. Lo sustituiste por el café porque apenas podías cerrar los ojos, pero sigues igual de enganchado. Tu problema, Jon, no es el té, ni el café. Sigues durmiendo solo unas horas, pero algo es algo. Tienes que regresar al pueblo a comprar esas hojas secas que aroman tu vida. No hay nadie, ni una sombra, en varios kilómetros a la redonda. Ni siquiera Eva al borde del acantilado. Aún es verano y hace calor pero allí, cuando cae la tarde, siempre refresca.

Te enfundas la chaqueta y coges la bici como siempre. Justo al salir, al cerrar la verja, justo en ese momento, Eva sale de camino a su excéntrico mirador. El encuentro es inevitable. No puedes volver atrás. Eva no puede seguir adelante. Os miráis y como dos extraterrestres que se ven por segunda vez torcéis

la cara con una mueca de saludo y os dais la mano. Tú sabes Jon, que eres un ser triste pero, cuando estrechaste aquella pequeña mano, te inundó una tristeza tan profunda y desolada que te hizo sentir culpable. Sentiste que eras tú quien se sentaba al borde del acantilado y que un simple soplo de aire fresco te haría caer a un abismo negro, gélido y profundo.

Última llamada

Es difícil imaginar que alguien expulse su cuerpo por la boca, como si le dieran la vuelta y se derramara empujado por una fuerza mágica imparable. Luis lo hizo. Tosió y tosió hasta quedarse sin pulmones, sin respiración y sin vida. Una muerte horrible, inimaginable, indeseable. Su cuerpo le empujaba a toser y en cada oleada expulsaba una parte de sí que su cerebro, ajeno a su voluntad, en contra de su voluntad, solo podía aceptar con resignación. Eva, no pudiste hacer nada; solo prestar tu oído a disgusto, a pesar de los pesares, a aquella tos seca y mortal que arrastraba a Luis al abismo de la muerte. Él te miraba incontinente, deseando un milagro, pero tú eras incapaz de hacer milagros. Nadie podía hacer nada. Ni siquiera Dios podía salvarle y Luis no tenía tiempo de culpar a nada, ni a nadie. Se fue como lo hace la hojarasca a merced de un viento despiadado y furioso.

Lloraste. Te partió el alma tanto suplicio. Sentiste un dolor que, a pesar de estar fuera de tu alma, ardía, quemaba, ahogaba. Sentiste compasión y pena: una profunda y desconsolada tristeza. A esas alturas Luis, el salvador, estaba perdonado. Perdonado, pero no olvidado. Luis se fue como lo hizo tu rencor; pero lo que pasó, pasó. No es posible volver atrás, borrar el dolor; como no es posible devolverle la vida. No es como un trazo equivocado en un papel. Es la vida misma.